

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

96

LETRAS LIBRES
MARZO 2011

MUNDO ÁRABE

EL ISLAM Y LA LIBERTAD

ANTONIO ELORZA

La escena parecía proceder de un *remake* barato de la serie protagonizada por Indiana Jones. Un jinete montado sobre un camello enloquecido distribuía latigazos, abriéndose paso entre la multitud apiñada en la plaza cairota de Tahrir (Liberación). Le seguían unos cuantos hombres a caballo, apaleando a diestro y siniestro. Uno de ellos cayó de su montura y fue molido a golpes por la multitud. Era el componente folclórico de algo mucho más grave: el contraataque brutal de las fuerzas progubernamentales contra las masas que en el centro neurálgico de la capital egipcia pedían la dimisión de Mubarak, y de paso también contra los periodistas extranjeros. Pero una vez cerrado el episodio de las agresiones, los manifestantes ocupaban con más fuerza que nunca la plaza de Tahrir. El balance de trescientos muertos y miles de heridos recordaba que era preciso buscar una salida y Obama tuvo que pisar el acelerador exigiendo un tránsito efectivo a la democracia. La dimisión de Mubarak, forzada por

el Ejército, marcó el éxito de la presión de un pueblo harto de dictadura, sin que eso reste mérito a la inequívoca actitud de Obama.

Después del breve prólogo registrado en Túnez, el desarrollo de la crisis egipcia pone al descubierto dos hechos enfrentados entre sí. El primero, la profundidad del malestar imperante en las sociedades árabes del arco mediterráneo, con una población muy joven privada de expectativas para alcanzar una vida digna, que además contempla regímenes políticos represivos y corruptos. Es una situación compartida por Marruecos, Argelia, Túnez, Libia (en menor medida por el maná del petróleo), Egipto, Siria y Jordania. La disponibilidad para la revuelta es, consecuentemente, muy alta; el protagonismo de la juventud, del todo lógico. El segundo, la ausencia o la extrema debilidad de élites que pudieran orientar la revuelta —recordemos aquí la distinción propuesta por Octavio Paz entre revuelta, rebelión y revolución— hacia un proceso de cambio en paz y orden, esto es, hacia una revolución democrática. Tampoco esta es la finalidad que persiguen ocho de cada diez jóvenes implicados en la revuelta.

¿UN ISLAMISMO SUBALTERNO?

El factor adicional de la presencia de organizaciones islamistas, todas ellas trazadas sobre el patrón de los Hermanos Musulmanes egipcios, pero con desigual implantación, contribuye a la ambivalencia. Pueden contribuir decisivamente a la presión sobre una Junta Militar tentada por el continuismo, pero, si bien necesitan la democracia para traducir su hegemonía social en poder político, carecen de una estrategia y de un soporte doctrinal en este sentido, a diferencia del chiismo iraní, y por supuesto su programa de implantación del monopolio de poder islámico sustentado en la sharía, por mucho que sea citado el ejemplo turco, suscita desconfianza. Las declaraciones de su líder, Muhammad Badi', designado hace un año, contienen una descalificación radical de los Estados Unidos y el anuncio de una victoria musulmana definitiva, lograda mediante la práctica unitaria de la yihad por la *umma* de todos los creyentes, dispuesta a recuperar su antigua gloria frente al "sionismo global". La revocación de los acuerdos de Camp David, "pacto de capitulación", se convierte en meta prioritaria, mientras hacia el interior del mundo musulmán es reiterada la profesión de fe del fundador Hassan al-Banna en que "el Corán es nuestra Constitución". Según textos anteriores, de 2007, la democracia serviría de instrumento para hacer efectivo ese postulado, a partir de "una mayoría parlamentaria obtenida en elecciones libres". Al modo iraní, un Consejo Supremo de Ulemas asesoraría al poder ejecutivo, garantizando el cumplimiento de la ley coránica.

Sobre el fondo mismo de las movilizaciones, el mensaje actual de los *ikhwan* (Hermanos musulmanes) es mucho más tranquilizador. Supieron esconder perfectamente su intervención, enviando a los suyos a la plaza, dirigentes incluidos, frenando todo desliz de grupos como el Wafd a pactar con el gobierno y organizando asistencia médica: casi todos los comentaristas hablan de su

no intervención, documentada en cambio por la cadena *Arte* el día 12. Eso sí, declaran rechazar el enfrentamiento con Occidente, defienden la democracia pluralista, cuyos valores dicen haber asumido, y se opondrán a todo intento de autocracia. Proclaman el establecimiento de la sharía como objetivo, si bien subordinándolo al consenso de la sociedad egipcia. “Los defensores de la democracia no deben temernos”, resumen. Algunos especialistas, como Olivier Roy, piensan incluso que lo ocurrido prueba el declive del islam político: la revolución egipcia sería postislamista (*Le Monde*, 12-02-2011). El contraste con las tomas de posición efectuadas solo hace unos meses resulta evidente. No obstante, es impensable que no actuasen contra su enemigo Mubarak y que ahora no intenten hacer valer su infiltración hegemónica en los más diversos sectores de la sociedad. Y nunca hay que olvidar el peso de la penuria económica que no va a aliviarse de inmediato, a favor de su propósito de alentar la presión popular contra el statu quo.

El panorama es, pues, algo más complejo del que han descrito comentaristas llevados del entusiasmo. A juicio de tales exégetas, desde el momento mismo de su iniciación, las revueltas habrían tenido por meta la democracia, poniendo en marcha una dinámica imparable de demolición de las dictaduras sostenidas por Occidente. Los “hermanos árabes” se convertían en sujeto histórico encargado de probar que solo desde la estupidez eurocéntrica podía ser cuestionada la plena compatibilidad entre islamismo y democracia. En cuanto a los regímenes de Túnez y Egipto, de nuevo faraónicos en el sentido del Corán, eran el Mal absoluto.

Para empezar, toda revuelta antidictatorial tiene siempre una proyección democrática, y el caso de Túnez viene a probar que la interpretación optimista es plausible. Ahora bien, no siempre sucede así. En Irán, en 1979, el desenlace de la movilización popular, allí contra el sha, a pesar de la intensa participación de los demó-

cratas en el movimiento, desembocó en la imposición de sus componentes teocráticos, tratándose del islamismo. De la triada de eslóganes *istiqlal* (independencia), *azadí* (libertad), *yumuriye islami* (república islámica), quedó únicamente el tercero. Las formas democráticas pueden entonces sobrevivir, solo que siempre encerradas dentro de la camisa de fuerza de la teocracia, y si se convierten temporalmente en palanca para el cambio, la respuesta represiva no cesará hasta su aplastamiento. El episodio de la *revolución verde* iraní, después del espejismo de la presidencia reformista de Jatami, vino a probarlo de manera dramática. En vísperas de la toma del poder por el ayatolá, el embajador norteamericano en Teherán creía que Jomeini era algo parecido a Gandhi. No le había leído, y quienes extienden un cheque en blanco hoy a la vocación democrática de los Hermanos musulmanes egipcios, sin duda tampoco les han leído, lo cual no debe tampoco hacer olvidar la contrapartida de la prolongada experiencia de pragmatismo y sus recientes declaraciones. En la coyuntura actual, disfrutaban de una posición cómoda, ya que la acción de masas anti Mubarak tuvo lugar de manera autónoma, sin que hiciera falta su intervención abierta; además, las consignas populares carecían de definición ideológica y se limitaban a exigir la expulsión del *rais*.

En suma, los *ikbwan* son una pieza clave de la transición post Mubarak, por el simple hecho de constituir la única organización suficientemente implantada en la sociedad civil y con planteamientos que asumen actitudes muy populares, tales como la beligerancia contra Israel. Deben estar presentes en todo gobierno de transición (su ausencia lo pondría todo en peligro), pero eso no garantiza que una fuerte influencia islamista proporcione una expectativa de libertad social y política, una garantía de igualdad como ciudadanos a los ocho millones de coptos y seguridad en un área próxima a convertirse en un polvorín. Su ideario antes citado y la actuación cada vez que se enfrentaron

en el pasado la libertad individual y la sharía —casos aislados de ateísmo o apostasía— nos muestran que estamos lejos del patrón de las democracias cristianas europeas.

EXPLOSIONES POR SIMPATÍA

Resulta asimismo más que dudoso que el justificado descontento de los “hermanos árabes” consiga poner en marcha una revolución democrática árabe por el procedimiento de la caída de piezas de dominó. No hay que ignorar la importancia de la ejemplaridad, puesta de relieve muy pronto cuando el cambio en Túnez determinó las movilizaciones de Egipto. Solo que en ambas ocasiones se trataba de regímenes autoritarios, esto es, regímenes donde el poder del dictador no respondía a pautas totalitarias o de neosultanismo (Gadafi), existiendo un cierto pluralismo tanto en el subsistema del



Foto: © AP

+¿Entusiasmo prematuro en la plaza Tahrir?

partido de gobierno como de forma subalterna en la sociedad civil, con una orientación laica, carente del respaldo islámico que da cohesión a otras dictaduras en países musulmanes, sentido pragmático en la acción de gobierno —comprendido el ajuste a los intereses occidentales—, y con límites bastante definidos para la habitual actuación represiva. En una palabra, existía un espacio para que la entrada en juego de un fuerte detonador activase la carga, en términos químicos por sim-

patía, como posiblemente sucede en Jordania y puede suceder en Argelia. Más difíciles serán las cosas en Libia, Sudán, incluso en Marruecos o Siria, y por supuesto en Arabia Saudí y en los emiratos. El sentido de las movilizaciones en Yemen es una incógnita. Las libertades democráticas no son para mañana en el mundo árabe en su conjunto.

Si a esto sumamos la carga de creciente oposición a Israel que el cambio puede producir en un país clave como Egipto, ya muy trabajado por una propaganda antisemita, con la cooperación ciega de un gobierno, el de Netanyahu, empeñado en proseguir su huida hacia delante, el optimismo debe ceder su lugar a una lógica preocupación. No por ello Estados Unidos y la Unión Europea deben vacilar en un apoyo a los movimientos antidictatoriales que compense la complicidad pasada, cuando incluso en el ejercicio del turismo de gobernantes daban por buena la corrupción de sus aliados y se aprovechaban de ella. Esto es una cosa y otra cerrar los ojos ante la posibilidad de una repetición en Egipto del patrón teocrático iraní, versión suní, imperio de la sharía mediante, más el consiguiente vuelco en la escena geopolítica de Oriente próximo, cargado de riesgos. ¿Qué hará y qué consenso logrará la Junta Militar egipcia? La difícil construcción de la democracia es el único camino practicable y el tándem Obama-Clinton parece comprometido a fondo con ese objetivo. El éxito dista de estar asegurado. —

IN MEMORIAM

DON SAMUEL

✎ JEAN MEYER

Don Samuel (Ruiz) pertenece a la misma generación que don José (Ratzinger), ahora Benedicto XVI. Los dos participaron en el Concilio Vaticano II, antes del fatídico parteaguas de mayo del 68; para ambos el Concilio fue trascendental y lo tomaron muy en serio. En aquel momento las trayectorias de

estos dos hombres de iglesia se cruzaron: don Samuel venía de la derecha y el joven Ratzinger de la izquierda teológica. Luego las trayectorias volvieron a separarse, don Samuel siguiendo las huellas progresistas del brillante teólogo alemán; aquel, horrorizado por la rebelión de sus estudiantes y preocupado por el coqueteo marxista de cierta teología de la liberación, se replegó en una trinchera más conservadora. Interesante va y viene, sube y baja en las gradas de la Iglesia católica que, como bien se sabe, es una inmensa catedral con naves, una a la derecha de la nave central, otra a la izquierda, sin contar con las múltiples capillas laterales.

Don Samuel nació en 1924 en una pequeña ciudad del Bajío mexicano, ese epicentro de la historia nacional y del catolicismo mexicano, marcado por un triple mestizaje: cuna de la Independencia, escenario de las grandes guerras del siglo XIX y también de la Cristiada y de la Unión Nacional Sinarquista. Precisamente, los padres proletarios de don Samuel fueron militantes sinarquistas de primera fila y su hijo conservó siempre un recuerdo emocionado y admirativo de un movimiento que Fernando Benítez definió muy bien:

Un pueblo religioso marcado por el estigma de la esclavitud sólo ve la salvación en un profeta, en un místico que le anuncia la entronización del reino de Cristo, y ese profeta era [Salvador] Abascal, acompañado de su cortejo de mártires. El sacrificio debería fundar el augusto orden de los papas medievales, desaparecería la autoridad espuria de Cárdenas el ateo, y se establecería la autoridad del verdadero Dios.¹

Don Samuel le conservó siempre un gran cariño, algo nostálgico, a este movimiento que consideraba como cívico, pacífico, popular y cristiano. Sin duda fue un movimiento de masas



+Un obispo enfrentado al César.

populares y católicas que, a diferencia de la Cristiada, no optó por la lucha armada. Como niño, como seminarista, don Samuel vivió ese último gran enfrentamiento entre la cristiandad mexicana y el Estado revolucionario: se le quedó de esta experiencia una gran desconfianza para con todos los gobiernos, reforzada por su visión de la historia de México como una prolongación del conflicto de “las dos espadas” entre la Iglesia medieval y los príncipes, conflicto renovado a la hora del liberalismo del siglo XIX y de la Revolución del siglo XX. Por eso pertenece a una generación que recordaba con claridad la frase de San Bernardo: “Nosotros aquí somos como guerreros en el campamento, tratando de tomar el cielo por asalto, y la existencia del hombre sobre la tierra es la de un soldado.” Guerrero en el campamento, siempre en movimiento, en el pensamiento y en el espacio, tal fue don Samuel, quien sufrió una verdadera “conversión” a la hora del Concilio y se “aindió” al contacto de sus feligreses chiapanecos, en una diócesis que rigió durante cuarenta años.

Cuarenta años turbulentos, los de la guerra fría y de la Revolución cubana, de las dictaduras militares en América Latina y de la teología de la liberación, del Concilio y de la Conferencia episcopal latinoamericana de Medellín, del “compromiso con

¹ F. Benítez, *Lázaro Cárdenas y la revolución mexicana*, México, FCE, 1978, p. 199.

los pobres” y del movimiento estudiantil, de la caída del Muro de Berlín y de la desaparición de la URSS, de las guerrillas y de nuestra interminable transición a la democracia, de la sorpresa del Año Nuevo de 1994, con la toma de San Cristóbal por un desconocido Ejército Zapatista de Liberación Nacional, que inventó la ciberguerrilla y lanzó tanto al subcomandante Marcos como a don Samuel a la fama mundial. Tiempos de Chiapas y tiempos de México, tiempos de América y tiempos del mundo, tiempos de la Iglesia católica que va de la derecha a la izquierda y luego al centro, si no es que a la derecha...

Don Samuel, quien estudió en el Pío Latino de Roma y fuera sacerdote, maestro y doctor antes de ser director de seminario, llegó a ser obispo de San Cristóbal de las Casas pasados los 35 años. Poco después participó en el Concilio, e invitó a jesuitas, dominicos, sacerdotes de otras diócesis y países, hermanos maristas, monjas de México y Europa a trabajar con él, renovando por completo el personal eclesiástico. Se lanzó con entusiasmo al estudio y promoción de las lenguas indígenas, consultó a los antropólogos, recorrió a pie y a caballo los Altos de Chiapas, resucitó la figura tradicional y olvidada del catequista; todo esto le valió la amistad de quienes lo saludaban como “Tatijk” o Tata Grande, mientras que su activismo social le ganaba la enemistad del grupo en el poder. Acusado en Roma de ser el autor, por lo menos intelectual, del levantamiento de enero de 1994, denunciado desde antes por el gobierno (local y federal) y por el nuncio, el tristemente famoso Girolamo Prigione, don Samuel recibió el apoyo solidario, si no entusiasta, del episcopado mexicano. El Vaticano se tomó su tiempo antes de dar su veredicto, pidió informaciones, escudriñó expedientes y hojas de servicio. Finalmente, en la curia romana, don Samuel tuvo un gran defensor, el cardenal francés Etchegaray, anteriormente arzobispo de Marsella, muy comprometido con los pobres. El cardenal convenció

al papa Juan Pablo II, quien recibió amistosamente a don Samuel y lo mantuvo en su sede episcopal.

Además, al papa polaco no le desagradaba que un obispo fuese capaz de chocar con el César al organizar y despertar a su grey; aceptó, contra los informantes denunciadores, que don Samuel había efectivamente intentado prevenir el levantamiento, contra los partidarios impacientes de la lucha armada, decepcionados por una lucha cívica tan tenaz como interminable. Juan Pablo II, quien había tenido, unos meses antes, en Valladolid, Yucatán, un encuentro con los pueblos indígenas, no podía dejar de admirar un proyecto en el cual se percibía el eco de las palabras de Motolinía, uno de los famosos “doce primeros” apóstoles de la conquista espiritual del siglo XVI:

Estos indios casi no tienen estorbo que les impida para ganar el cielo, de los muchos que los españoles tenemos y nos tienen sumidos, porque en su vida se contentan con muy poco, y tan poco, que apenas tienen con que vestir y alimentarse. Su comida es muy paupérrima, y lo mismo es el vestido. Para dormir, la mayor parte de ellos no alcanza una estera sana, no se desvelan en adquirir ni guardar riquezas, ni se matan por alcanzar estados ni dignidades. Con su pobre manta se acuestan, y en despertar están aparejados para servir a Dios.

En otras palabras, le oí decir lo mismo a don Samuel.

El papa le tuvo tal confianza que, cuando le expresó su negativa a ordenar hombres casados, diáconos que habían manifestado durante diez y veinte años ser cristianos ejemplares, lo hizo en términos más humanos que pontificales. Le dijo textualmente que, como hombre de su generación, es decir como católico polaco, seminarista, sacerdote, no podía concebir un sacerdote casado; una imposibilidad cultural, para nada dogmática. Hasta le dijo que no daba el carpetazo al

expediente, que dejaba la decisión al próximo papa...

Quizá don Karol (Wojtyła) estaba pensando en su fiel amigo y colaborador, José Ratzinger, el futuro Benedicto XVI, quien en el Concilio había peleado por “la transición de una actitud conservadora a una actitud misional”, en la buena compañía de Karl Rahner, Hans Küng, Yves Congar. Un Ratzinger que defendió en 1970 una reforma urgente del carácter obligatorio del celibato sacerdotal. Proponía el regreso a la tradición antigua, la de las Iglesias ortodoxas, pero también de las Iglesias orientales unidas a Roma, la tradición que permite ordenar hombres casados y exige el celibato únicamente a los obispos. Esa propuesta fue examinada en el Sínodo de 1971, cuando Pablo VI quiso tomar el parecer de los obispos del mundo. Los europeos votaron a favor de la reforma del celibato, pero los latinoamericanos y africanos se opusieron y consiguieron la mayoría. El sucesor de Juan Pablo II dio el carpetazo al expediente.

No estoy escribiendo una apología de don Samuel, sino evocando la figura de una “príncipe-obispo”, título frecuente en la Edad Media europea, cuando el obispo tenía que asumir, como Agustín en Hipona sitiada por los vándalos, la defensa de la “ciudad” en todas sus dimensiones temporales y espirituales. Se puede criticar el “clericalismo” de don Samuel, y su autoritarismo, pero le tocó, como a estos “príncipes-obispos”, asumir una función de sustitución, porque el César no hacía lo que le tocaba, impartir la justicia, mantener la paz, para empezar. No estaba usurpando las funciones del poder secular, sino llenando el vacío. Frente al déficit de legitimidad del César, intentó frenar a los que había despertado y que marchaban a la guerra; al fracasar en dicho intento (no invento nada, su esfuerzo está muy documentado), le apostó al “acompañar al pueblo, aunque esté equivocado”, y aceptó, un tiempo, las funciones de mediador.

A la hora de su muerte, recordé las palabras de San Agustín:

¡Si supieras el don de Dios y lo que es el cielo! ¡Si pudieras ver desarrollarse bajo tus ojos los campos y los horizontes eternos, los nuevos senderos por los cuales estoy caminando! ¡Si pudieras, como yo, ver la belleza delante de la cual todas las bellezas palidecen! Me verás de nuevo, transfigurado por el éxtasis y la felicidad, avanzando en los nuevos senderos de la luz y de la vida, bebiendo con alegría, cerca de Dios, una bebida de la cual uno no se cansa nunca.

Don Samuel tenía la fe de San Agustín, “la fe del carbonero” y de Blas Pascal. —

VIOLENCIA DE GÉNERO

NOSOTROS Y LOS OTROS

✎ VÍCTOR BELTRI

¿No crees que somos una sociedad horrible? ¿No deberíamos de estar todos avergonzados?

Pilar me miraba fijamente, y no tenía idea de lo que me estaba diciendo. Éramos tres parejas a la mesa, y me había perdido en alguna conversación. Le pregunté a qué se refería.

—¿No escuchaste sobre la chica que habían reportado como extraviada y apareció, finalmente, en un basurero a la afueras de la ciudad? ¿No supiste que el novio confesó el asesinato? ¿Te has dado cuenta de cuántas han muerto este año?

Sí, claro que había escuchado sobre el caso. Terrible. Una pareja joven, aparentemente sin problemas, en la que él resultó ser demasiado celoso. Había seguido desde el principio la alerta que dieron en los medios sobre su desaparición, y desde el mismo momento se comenzó a sospechar del novio. Contradicciones, gestos extraños, miradas esquivas. Además, de alguna manera todos estábamos imaginando un desenlace así, aun cuando teníamos la esperanza de estar equivocados.

Los medios habían hecho su trabajo, de la mano del gobierno, y la sociedad estaba muy consciente de estos crímenes. De la cobardía, el abuso y la vileza de los crímenes de género. Por eso, en cuanto se tenía noticia de uno, la gente le daba mucha importancia y se convertía en el tema de conversación, y de indignación, durante días e, incluso, semanas. Cuando salieron a la luz los detalles de la muerte de esta chica, los vecinos del pueblo salieron a las calles a manifestarse. Las imágenes en televisión nos mostraban al novio, esposado, cabizbajo, que era conducido por un par de agentes con el rostro velado, y que trataban de protegerlo de un grupo de personas que habían ido, espontáneamente, a la comisaría de policía. Gritos, lágrimas, insultos. La reportera entrevistaba a los manifestantes, que mantenían la misma actitud de mi amiga Pilar: “¡Somos una sociedad enferma!”, “¿Cuántas más?”, “¿A dónde hemos llegado?”, “No, no la conocía, pero también soy madre y tenemos que hacer algo al respecto”... La conductora no se cansaba de repetir el número de víctimas mortales que hasta el momento se habían presentado, los peligros asociados al machismo y la necesidad de denunciar cada caso, cada conducta violenta, cada agresión verbal.

La conversación anterior tuvo lugar en Madrid, en algún momento durante el 2010. La lista de mujeres víctimas de violencia machista llegó, a final de año, a 71, y fue noticia en prácticamente todos los diarios. Cada uno trató de darle un matiz diferente, dentro de su línea de opinión, pero los comentarios fueron, sin excepción, condenatorios. Muy duros, incluso. Los anuncios en televisión eran siempre muy fuertes, y se podía intuir en ellos, en los mensajes de los medios, en lo dicho por los líderes de opinión, una mano poco visible que había cambiado, paulatinamente, la percepción sobre el machismo en un país en el que en algún momento ser macho era casi una virtud. En

un país en el que el machismo había quedado inmortalizado, incluso, por Bizet: no podemos, jamás, olvidar el triángulo amoroso entre Carmen, Escamillo y Don José, y mucho menos su trágico desenlace. Violencia de género que en algún momento formó parte del estereotipo de la españolidad: Toros, flamenco, machismo. Sangre.

Pilar me seguía mirando, y esperando su respuesta. Pero, ¿cómo podía decirle que, efectivamente, la española era una sociedad terrible, cruel, machista, y que debían sentir vergüenza por sí mismos, cuando hay instituciones y observatorios que hablan de 1,900 a 2,500 víctimas anuales de la violencia de género en México? Mil novecientas. Entre cinco y siete mujeres que mueren cada día, tres por homicidio intencional y dos por suicidio. Y muy poca gente está consciente de estas cifras.

Muy poca gente está consciente, o quiere estarlo. Eso me llamó la atención desde siempre. La sensación en México ante los problemas de nuestra sociedad es que estos son ajenos, de alguien más. Desde las crisis económicas, la corrupción, o, en fechas más recientes, la inseguridad, el narcotráfico. Nunca es nuestro problema. Siempre será responsabilidad de otro, del gobierno, de los políticos, de los gringos. Nunca nuestra. Ciudad Juárez está muy lejos para el resto del país; la violencia está en Michoacán; los muertos, los treinta mil muertos, son producto de enfrentamientos entre delincuentes. Siempre dentro de la esfera de *los otros*, y jamás de *nosotros*. Hace cincuenta años eran *Nosotros los pobres* y *Ustedes los ricos*. Nosotros los buenos y ustedes los malos. Nosotros las víctimas y ustedes los que causan los problemas. Las cosas no habían cambiado desde entonces.

Tenía que contestarle a Pilar, pero cuando lo hice no estaba pensando en España: “Sí, Pilar. Nuestra sociedad está llena de problemas que no hemos sabido atacar. Deberíamos realmente estar avergonzados.” —

CRÓNICA

MAR DE MOTOS EN SAIGÓN

✎ PEDRO SORELA

Cuando llegué a Hanói recorrí durante un buen rato las habitaciones libres de mi pequeño hotel “boutique” que había contratado por internet —esto es, un hotel de bolsillo, al margen de las agencias de turismo y sin la obligatoria CNN en la televisión del desayuno—, en busca de aquella que me ofreciera un nivel de ruido aceptable. El patrón del hotel me seguía con sumisión oriental y una sonrisa un tanto ambigua, sin querer decirme —de todas formas yo terminaría por descubrirlo, es algo insorteable— que no existe en Hanói tal cosa como *un nivel de ruido aceptable*. No en el centro, al menos, donde en un metro cuadrado pueden pasar casi tantas cosas al tiempo como en Nueva Delhi, que ya es decir. Y el centro es la parte interesante de Hanói. O sea que lo mejor es acostumbrarse a los taponos de cera en los oídos, aunque es mejor traerlos puestos pues en Hanói, la ciudad que después de la guerra hacía hablar a algún cronista de un “silencio casi sobrenatural” en sus calles ocupadas por los ciclistas,¹ todavía no han considerado oportuno importarlos, o fabricarlos.² A lo mejor esperan que el nivel de ruido sea *realmente* inaceptable. A fin de cuentas apenas ahora se comienzan a despedir de los miles de años de una civilización agrícola en la que, por ejemplo, el rey enviaba a las concubinas rebeldes a tejer seda blanca a un monasterio retirado frente a un pequeño lago que no es difícil imaginar silencioso y casto. Hoy, en medio de la ciudad, el monasterio está cercado por colegios que a su vez bordean el lago, cerrado al tráfico pesado —por lo visto se prefiere el riesgo del agua al de los coches—, y al atardecer, en estruendo, el idioma más universal que existe: niños jugando.

1 Justin Wintle, *Romancing Vietnam, inside the boat country*.

2 Una solución de urgencia: pelotitas de kleenex humedecidas con agua.

Treinta y cinco años después de la guerra entre el norte de Vietnam y un sur aliado con Estados Unidos, la impresión dominante, en especial en el norte, es que la guerra no ha terminado del todo. Y no solo porque norte y sur sigan siendo regiones muy distintas, lo que se nota desde el urbanismo hasta el clima. Ni tampoco porque en museos, calles, librerías y demás se sigan presenciando arcaicos ejemplos de una suerte de religión que se creía en decadencia, al menos en política: el *culto a la personalidad*. En este caso, Ho Chi Minh, el líder que ganó la guerra de independencia de la entonces Indochina contra Francia, y luego inspiró la guerra contra Estados Unidos. Esa santificación laica a caballo de la religión y la publicidad recuerda los viejos tiempos de la Unión Soviética y el Telón de Acero, aunque sin llegar a excesos como la Rumanía de Ceaușescu o la actual Corea del Norte, con la única dinastía hereditaria comunista en el mundo, a falta de confirmar la cubana. Allí se han registrado niveles que ni Orwell pudo imaginar en las peores fiebres de la tuberculosis. Por otra parte, el *culto a la personalidad* ¿es patrimonio comunista? En la vecina Tailandia el culto es quizá mayor hacia el rey Bhumibol Adulyadej, cuyas imágenes tamaño *top model* ocupando grandes espacios en Bangkok parecen hacer las veces de un moderno Gulliver vigilando a los pobladores enanitos que se agitan contra la contaminación y los rascacielos en una de las varias ciudades que en el mundo superan los veinte millones de personas.

En Hanói y sobre todo en Ciudad Ho Chi Minh (Saigón) se pueden apreciar ya los signos inequívocos de la nueva Asia: rascacielos para impresionar, afición al lujo que se concreta en tiendas con precios de escándalo destinados a los nuevos millonarios locales pues para los visitantes no son competitivos, y modos inequívocamente capitalistas en el comercio. Todo ello acompañado siempre por la suave amabilidad que preside el trato en todo el continente... y que no son *buenos modales* sino viejísimas

tradiciones y creencias: El asiático cree a menudo que el occidental tiene modales de patán.

Hasta que se llega al dinero. La sorpresa, ahí, es encontrarse no solo con una dureza en la posición comercial por completo inhabitual en los países vecinos... sino también una voluntad de engaño que sobrepasa lo habitual en el trato de los nativos con los forasteros. El viajero cree haberlo visto todo, o al menos mucho, pero en Vietnam ha de reconocer que apenas ha visto nada. Cuando levanta la mano para detener un taxi y exige con veteranía que el coste sea por taxímetro, debiera desconfiar de la presteza con la que accede el conductor: pues el taxímetro está trucado de manera que una carrera puede salir más cara que en París. Entonces detiene un *tuc tuc* (pintorescos taxis-moto), y si el conductor accede a un precio razonable es porque va a detenerse en una o varias tiendas donde le pagarán comisión... siempre que el turista compre algo. Se sube entonces a un *tuc tuc* de bicicleta y disfruta la belleza de las viejas casas de Hanói, que ahora se puede apostar a que son casi siempre dependencias del Estado. Y cuando, con complejo de occidental neocolonialista, acepta que el conductor le deposite “a la vuelta de la esquina” de su destino... descubre que su destino está a dos kilómetros. Y así no una ni dos veces: el agradable chico de la franquicia que vende

101

LETRAS
LIBRES
MARZO 2011



+Vietnam: sobrepoblación y ruido.

Foto: © Pedro Sorela

yogures helados afirma impávido y en correcto inglés (muchos vietnamitas y casi todos los jóvenes hablan inglés, ya casi nunca francés) que los precios escritos en la pared “se han quedado viejos”, y en un restaurante de exquisiteces, con buen cuarteto de jazz, uno se encuentra con que a alguien se le ha caído, en la cuenta, el plato más caro de la carta. (Una carta ya no regalada, como hasta hace poco: los precios se han hasta duplicado en un año.) Hay muchos más ejemplos, casi que uno por transacción.

¿Y por qué esa falta de reglas habría de ser un rastro de la guerra? Bueno, en las crónicas de aquella es fácil encontrar quejas de los correspondientes por lo peligroso que resultaba andar... ¡por las calles de Saigón! A causa de los ladrones. Pero sobre todo porque esa dureza lo que refleja es una ausencia de código detrás, o si se prefiere, la presencia de un código, todavía, de dureza: ¿un código de guerra? Sobre todo con el antiguo colonizador, o que se le parece. Si un hombre aparcado decide apretar el acelerador de su camioneta y vaciar una densa nube de porquería negra sobre una pareja de occidentales que justo en ese momento pasan por detrás, ¿es casualidad? Cuanto más lo recuerdo, menos me lo parece. No parecía muy sorprendente el impávido conductor cuando le llamé la atención. Era la hora de la salida de los colegios y no creo que lo hubiese hecho sobre dos de los muchos escolares que andaban por ahí.

Y no se diría que a ninguna autoridad le importe. Algo que se corrobora en varias de las muy pocas librerías existentes, donde lo que preside, lo mismo que en los muchos museos históricos o de *construcción de la patria*, es la figura de Ho Chi Minh y, además de traducciones inocentes de clásicos juveniles o libros de cocina, manuales de adoctrinamiento de un comunismo ya de otra época incluso en China. Hace seis meses en China se podían ver no pocos libros, y no forzosamente descalificatorios, sobre Chiang Kai-shek, el adversario de Mao que tras perder la guerra civil se hizo fuerte

en Taiwán. Algo equivalente sería de momento inimaginable en Vietnam (enemigo histórico de China, que ocupó el país durante siglos). Una rigidez que convive por lo demás con la presencia de una notable cantidad de magníficas pagodas vivas, esencialmente budistas, sobre todo en Saigón, mucho más difíciles de encontrar en China.

Pero sería un error considerar que son abundantes o evidentes los rastros de la guerra en el moderno Vietnam, un país, está claro, *bacia adelante*. Y sobre todo por las dulzuras de su cocina que —además de la inolvidable bahía de Ha Long, un sueño surrealista en invierno, con el mar en calma, y en general ese país verde y alargado que apenas ha cambiado desde la guerra— posiblemente constituya en el futuro su industria de exportación. ¿Por qué no? Lo sorprendente es que restaurantes vietnamitas no estén colonizando ya el mundo entero, cuánto más que su gastronomía es a base de elementos muy sencillos. El secreto está quizá en la originalidad y sabiduría de su cocción, y en las salsas. Basta visitar los abarrotados restaurantes de todo el país para intuir ese futuro... aunque los restaurantes llenos, o en la calle, atraviesan el continente. Más allá de la inacabable variedad china, o de las delicadezas japonesas, la cocina vietnamita es otra cosa. Y qué cosa. Necesitaría otra crónica solo para la introducción.

Decía que el país apenas ha cambiado desde la guerra pero era un recurso retórico, y poco aplicable a las ciudades. La tarde del último 31 de diciembre nos estuvimos preguntando a qué fiesta gigantesca se dirigirían las columnas de motos a las que parecían haberse subido todos los habitantes de Saigón, y a menudo toda una familia de cuatro miembros por moto. Compadecíamos a los empleados de los aparcamientos, y a los porteros que se encontraran en el macro recinto de aquella celebración. Hasta que a medianoche, asomados a la terraza de nuestro hotel, a cien pasos de distancia del Hotel

Continental donde se desarrolla *El americano impasible*, de Graham Greene (hoy convertido en un hotel casi temático para turistas ricos, lo mismo que toda la memorable rue Catinat, hoy Dong Khoi), comprendimos que *esa* era la macro discoteca: la calle. Y que la celebración era *con* la moto. Estar subido a ella, dándole a la muñeca para producir ruido y contaminación, era la forma de celebrar. Un gigantesco atasco deliberado y feliz, que parecía la plasmación del peor caso en un congreso de jefes de tráfico de todo el mundo. Los saigoneses se habían arrojado al centro para celebrar en la calle, mientras en las terrazas de los hoteles los turistas saludaban la llegada del nuevo año con la habitual y exasperada falta de imaginación de todo el mundo, en todas partes.

Y sin embargo, a las dos de la mañana del nuevo año el atasco se había deshecho como con disolvente y el ruido de la noche en Saigón era tan aceptable como cualquier otra madrugada. A fin de cuentas, a las nueve de la mañana muchísimos saigoneses estarían en sus trabajos, en un primero de año apenas distinto de cualquier día laboral.

Lo que no deja de intrigar es: si esa era la celebración para recibir el año 2011 en un país con ochenta millones de personas, ¿cómo será el atasco en el año 2050, cuando está previsto que lo habiten 150 millones? —

VENEZUELA

CHOLA POR LA AUTOPISTA

✎ GUSTAVO VALLE

Pienso abandonar la literatura para dirigir todos mis esfuerzos a realizar un viejo sueño: ser piloto de Fórmula 1.

Es un sueño que me viene de años atrás, cuando yo era un mocoso fanático de Johnny Cecotto. Por nada del mundo me perdía sus carreras y celebré a lo grande cuando ganó el campeonato mundial de motociclismo en 350 cc. Recuerdo que llené un álbum de figuritas (el

único que conseguí completar) con los participantes del mundial del 76: Giacomo Agostini, Kenny Roberts, Walter Villa. Por aquel entonces los precios del petróleo habían trepado a niveles sauditas y Venezuela era una auténtica feria de tesoros y despilfarros. Dos cosas guardo en la memoria de aquellos años de mi infancia: mi fervoroso deseo de tener una moto igualita a la de Cecotto, y la avalancha de productos importados (incluidos huevos y cordones para atar los zapatos) en los supermercados y abastos de Caracas.

Con los años mi sueño de ser piloto dio paso al extravagante proyecto de hacerme escritor, y sin darme cuenta ni mucho menos proponérmelo pasé, sin solución de continuidad, como dicen algunos, de la profesión más rápida al oficio más lento.

Sin duda el desplome de los precios del petróleo y las sucesivas crisis económicas—que ya suman unas ocho mil—terminaron convenciéndome de que los motores no eran lo mío y enfilé hacia la bucólica Escuela de Letras, que por aquel entonces era una pradera asediada por tirapiédras y encapuchados profesionales, casi siempre sumergida en una nube de gaseslacrimógenos, obsequio de nuestra inefable Policía Metropolitana.

Lo cierto es que hoy en día, cuando asistimos, entre otras lindezas, a la feria de tesoros y despilfarros 2ª parte, ha vuelto a renacer, como el ave fénix, la ilusión de mi más tierna infancia.

La epifanía ocurrió el domingo pasado cuando vi al talentoso piloto Pastor Maldonado conducir su monoplaza por el Paseo de los Próceres de Caracas, gigantesco descampado en el que se rinde homenaje a los héroes de la independencia. En ese momento sentí que la Yamaha de Cecotto se transustanciaba en el FW32 de Maldonado. Vibré con cada acelerón del piloto criollo, me ericé con cada frenada, sentí el olor de los cauchos quemados como si fuera auténtica mirra, y creo que hasta me hice pipí cuando aquel Meteoro salió de la cabina para abrazar al Presidente. No estábamos en el autódromo de Ímola

o de Silverstone, sino en el heroico Paseo de los Próceres. La apoteósica combinación de “velocidad y armas” me hizo nuevamente soñar con la Patria Grande.

La demostración la titularon “Venezuela a toda revolución”, un nombre sin duda acorde con el Socialismo del siglo XXI, y que por una odiosa desviación profesional asocié con el poeta italiano Filippo Tommaso Marinetti y su manera de entender la sociedad del futuro como una mezcla entre la velocidad de las máquinas y la devoción a Benito Mussolini.

Lo cierto es que fue un domingo inolvidable, fastuoso, cosmopolita, donde se unieron en matrimonio perfecto los próceres de la independencia, el poder de las armas, la velocidad y las masas populares. El olor a combustible era casi hipnótico y entre el calor de aquella mañana y las carnosas mamis que decoraban la patriótica pista con su hermosa asistencia, me sentí como Daddy Yankee cantando:

A ella le gusta la gasolina
(¡Dame más gasolina!)
Cómo le encanta la gasolina
(¡Dame más gasolina!)

También se me ocurrieron otros versos y metáforas, otros poetas futuristas y populares, pero yo ya no estaba para poetas ni metáforas. Ese domingo mi vida cambiaría para siempre.

Lo que obró como una auténtica revelación divina fue enterarme del monto del patrocinio que la empresa estatal Petróleos de Venezuela, PDVSA, entregaría a AT&T Williams, la poderosa escudería inglesa que había fichado a Maldonado. Se trataba de 180 millones de dólares, si es que podemos confiar en los medios de comunicación, pues ni el gobierno ni la escudería informaron el monto exacto del contrato. Este detalle sin importancia, menudo lapsus de las partes, miniaturizó todavía más las otrora bolsas de trabajo a la escritura creativa del otrora Consejo Nacional de la Cultura, y convirtió en

pálida limosna los cien mil dólares del premio de novela Rómulo Gallegos. Puse en una balanza los montos destinados a la literatura y los destinados a la escudería Williams, y me reproché: “¡muchacho güevón, deja los poemitas y agarra ese volante!”

Desde entonces me puse a investigar a la dichosa escudería parairme empapando de lo que sería mi nuevo ámbito profesional, si todo salía

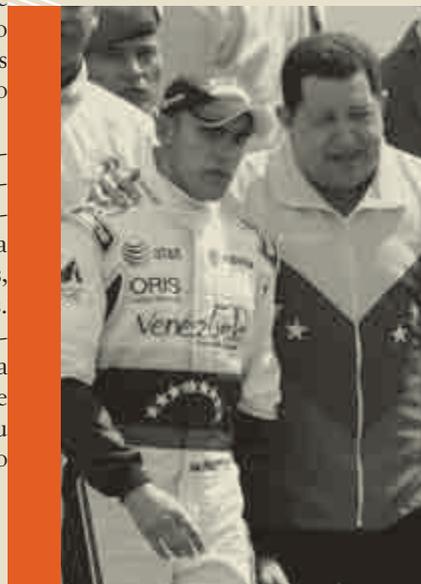


Foto: © de/Artema Cubillos

+Las prioridades del Estado venezolano.

según mis planes. Como consecuencia de esa investigación me encontré con que:

Frank Williams, fundador, propietario y cabeza visible de la poderosa escudería inglesa, recibió en 1987, de parte de la siempre malencarada reina de Inglaterra, la Orden del Imperio Británico, y en 1999 pasó a ser caballero de la Orden del Imperio Británico. Esto sin mencionar que desde hace varios años detenta el título nobiliario de sir. ¡Curiosos destinos imperiales, pensé, para los dineros del antiimperialismo bolivariano!

Y en un arranque de entusiasmo nacionalista, clamé: yo podría fundar una escudería bajo el régimen de cooperativas y recibir, junto con otros humildes cooperativistas, ese dinero en cómodas cuotas. Además le daríamos trabajo a la gente de talleres

El Tornillo, y a Santos, el latonero del Bronx caraqueño al que solía ir a reparar las abolladuras de mi Fiat Spazio. Pero no, *ifuck!*, todo ese dinero terminará en manos de ingenieros y técnicos ingleses, y de sus esposas y amantes, y de sus hijos rubios y pecosos, con el eventual beneficio fiscal para el tesoro de la corona por concepto de impuesto a las ganancias.

Y más tarde, ya con cierta arrechera encima, me pregunté: ¿y qué tiene esa dichosa escudería que no tengamos el resto de los venezolanos dispuestos a construir una Venezuela a todo vértigo? O dicho de otra forma: ¿dónde está el control de cambio? ¿Qué pasó con la fuga de divisas? ¿A cuenta de qué 180 millones de dólares para el caballero de la Orden del Imperio Británico, y ni un centavo de dólar para la plebe veneca?

Por supuesto estaba equivocado. Por una omisión o ignorancia de mi parte, no había podido ver lo que estaba ante mis narices: el Reino Unido, o para decirlo con todas sus

letras, *United Kingdom of Great Britain and Northern Ireland* forma parte de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América, ALBA, y la escudería Williams es su brazo empresarial allende los mares. ¡Cómo pude olvidarlo! Dineros públicos que integran un programa de asistencia a las naciones hermanas en vías de desarrollo, o desarrolladas, o desarrolladísimas, o cuando menos poscoloniales, o postimperiales. Ayudas, donativos, contribuciones, obsequios, apoyos, patrocinios, subvenciones, socorros y aguinaldos del gobierno para la construcción de refinerías en Cuba, para el estímulo a la agricultura en Nicaragua, para levantar viaductos en Paraguay, o para vender gasolina a precio solidario en los Estados Unidos. En medio de tanta munificencia y filantropía, ¿qué son 180 milloncitos para la escudería de sir Frank?

Por este y otros motivos he decidido dirigir todos mis esfuerzos a ser piloto de Fórmula 1. Será como vol-

ver sobre mis pasos y hacer realidad lo que soñé durante tanto tiempo. Si Cecotto corrió en moto y después en monoplace, yo seguiré sus pasos hasta cruzar la bandera a cuadros. Los precios del petróleo me ayudan; la gasolina barata también. Pero tendré que trabajar muy duro, lo sé. Abandonaré cuanto antes las lentas y empobrecidas letras, expropiaré de mi región occipital toda metáfora y pondré mi corazón a rugir a toda velocidad. Lo primero que hará será recuperar mi Fiat Spazio para iniciar los entrenamientos. Hablaré con la gente de talleres El Tornillo y con Santos, el latonero. Me compraré un casco y un par de guantes importados en MercadoLibre.com. Mientras tanto seguiré de cerca el calendario de carreras de Fórmula 1 para aplaudir a nuestro gran Pastor Maldonado en el autódromo de Bahrein, el próximo 31 de marzo. ¡Arriba, Pastor! Y a mí me verán, bólido bolivariano, picando cauchos, chola por la autopista. —

LETRAS
LETRILLAS
Y LETRONES

Jueves
14 de abril
de 9:30 a 23:00


**FIESTA
DEL LIBRO
Y LA ROSA
2011 UNAM**

Centro Cultural
Universitario, CU

www.cultura.unam.mx/fiesta2011



ORIENTE-OCCIDENTE

CÓMO EDUCAR A LOS HIJOS

PABLO DUARTE

Aparece en *The Wall Street Journal* el avance de un libro. El periódico cabecea el extracto con la frase: Por qué las madres chinas son superiores. Lo firma Amy Chua, profesora de leyes en Yale y madre china-estadounidense de dos hijas geniales. Las “madres chinas”, una mezcla entre sargento de película militar y gorgona intrigante y amenazadora, están mejor calificadas que sus contrapartes “occidentales” para criar hijos exitosos: ese es el punto del adelanto. Y ese es el punto del libro del que sale el adelanto. *El bimno de batalla de la madre tigre*, se llama. Después de la publicación en *The Wall Street Journal*, parte de la estrategia publicitaria de la casa editora, el torbellino se desata. El libro es, en palabras de su autora, una memoria sobre la crianza de sus hijas. No es, se detiene en cada entrevista que da a aclararlo, una guía para padres. No hay consejos, solo sus propias experiencias. Pero el torbellino está desatado.

Parte del escándalo lo motivan las prácticas educativas de Chua. Despiadadas, inconcebibles, desproporcionadas, abusivas: han sido relatadas por toda reseña y todo entrevistador. Amenaza con quemar peluches por fallar al tocar una pieza en el piano; deja a otra fuera de la casa en pleno invierno hasta que no acceda a hacer lo que ella dice; rechaza las tarjetas de cumpleaños que le hacen sus hijas por considerarlas insuficientes y un largo y e irrisorio etcétera. “Eso no es crianza, eso es tortura”, dicen los críticos. “Qué hay de los sentimientos de los niños. Qué hay de su felicidad. Qué hay de su autoestima. Dejemos que los niños sean niños.” Otra parte del escándalo está fundada en el hecho de que las hijas no son un fracaso. Las hijas no han caído en las garras de la droga, la depresión, el desorden alimenticio o la autoflagelación. Son jóvenes funcionales, ambas en la escuela, ambas lejos del

escándalo. Por lo menos hasta ahora. Pero, justamente ahora que es cuando importa, no hay, para sus detractores, el beneficio del “te lo dije”. En su reducida muestra estadística (las dos hijas), la hipótesis del libro es corroborada (las madres chinas –madres tigre, para mayor facilidad estereotípica– son más susceptibles de criar hijos geniales). Eso es todo. *El bimno de batalla de la madre tigre* no tiene mucho más que ofrecer.

Más que un discurso de Polonio a su hijo Laertes, este es un libro de memorias escrito por una muy ingenua Gertrudis, incapaz de realizar introspecciones, de hacer autoanálisis o de alcanzar conclusiones significativas. A pesar del palmarés académico de Chua, la pasmosa simpleza y ausencia de honduras en su libro es desesperante. Si algo, es la celebración de los logros, el recuento de los trofeos. Lo mismo que uno escucha cuando comparte mesa con padres jóvenes. Lo mismo que uno jura nunca recitar cuando tenga hijos. Eso es todo; tan desabrido como se escucha. Pero el torbellino mediático está ahí. Las reseñas, las entrevistas y los clubes de libro. Sorprende pues que un libro así, banal e inconsecuente, condense y polarice, suscite discusiones y merezca tanto espacio. A propósito de un libro mediocre de memorias, una gran controversia.

La desmesura en la respuesta, me parece, es directamente proporcional a lo amenazante que Oriente pare-

ce para los occidentales. Y al decir Oriente estoy siendo tan vago como Chua al hablar de “madres chinas”: un amasijo de clichés, tpos y algunos datos duros sobre los países asiáticos y en especial sobre China. La ira maternal ante el cuestionamiento de nuestra pedagogía occidental es en el fondo desconocimiento y pánico. Es decir, un libro que por incapacidad se concentra en lo más superficial de una experiencia doméstica termina siendo leído en clave geopolítica. Las madres tigre son el equivalente del ejército de paracaidistas comunistas que habrían de llover por la noche y envenenar los pozos de agua potable. Un ejército de madres tigre con los resultados de la más reciente prueba PISA pegados en la espalda: en ciencia, lectura y matemáticas, Shanghái obtiene el primer lugar. Estados Unidos ronda la media tabla –México sotanea. Las madres tigre, pues, son vistas como la pieza elemental de una prosperidad amenazante, de un avance que no comprendemos del todo y de una hegemonía que se tambalea. La batalla, parece decirnos el gran torbellino de lecturas, discusiones y mesas redondas para analizar el libro, la perdemos ante la madre tigre, no ante el gobierno del presidente Hu. El himno de batalla no es, como nos quiso hacer creer la editorial, el himno de una batalla hogareña contra la voluntad de los hijos propios: son las fanfarrias del fantástico enfrentamiento entre Oriente y Occidente. –

105

LETRAS
LIBRES
MARZO 2011

